

En esta hora de invierno,
 ¡oh, jardín solitario!,
 he llegado al mudo santuario
 de tu dolor eterno.

Pues yo sé que tus frondas,
 en una lengua extraña,
 dirán a mi alma huraña
 consolaciones hondas.

En esta hora divina
 en que la luz declina,

en que la voz del viento
 va fingiendo un lamento,

mientras la tarde reza
 su oración de tristeza,

II

¡En los vientres fecundos
de blancas nebulosas,
las génesis radiosas
he visto de los mundos!

¿Y después?... Dios lo sabe.
¿Quién puede descifrar
de un oscuro avatar
la misteriosa clave?

Ya en las cuevas umbrosas
contemplé las nivosas

edades, decorando
mis flechas, o atisbando

los pasos cautelosos
de los tigres y osos!

III

Cual Deifobia he mirado,
en raudas procesiones,
pasar generaciones
y siglos a mi lado.

En Tebas fui cantor
de heroicos faraones,
y esmaltan mis canciones
los muros de Luesor.

En la corte ramsida
se deslizó mi vida,

loando a las princesas,
las bélicas empresas,

los mitos religiosos
tristes y misteriosos.

IV

Mi espíritu beduino
 erró constantemente,
 como rueda el torrente
 confiado en su destino.

Y una tarde radiosa,
 mientras Céfiro suave,
 empujaba mi nave
 con mano cariñosa,

y de Helios bajo el oro
 las nereidas en coro

mostraban los divinos
 torsos alabastrinos,

hallé en Chíos hogar
 en donde reposar.

V

Después, por muchos años
 en Delfos, al creyente
 dije solemnemente
 oráculos extraños.

Y en las noches vernaes
 del Yemen, mi cantar
 arrulló en el aduar
 los sueños orientales.

Skald del viking fiero
 rimé el himno guerrero;

y un día, trovador
 noble y galanteador,

supe de rojas fresas
 en bocas murgravesas.

VI

Soy un cantor errante,
viajero en toda senda,
que guarda la leyenda
de una edad muy distante.

Mas hoy, ya fatigado,
en mi alma solo habita
la esperanza infinita
de un sepulcro olvidado.

Por eso busco abrigo
en tí, jardín amigo,

a tus melancolías
quiero juntar las mías,

en esta hora divina
en que la luz declina....

Nelly

A Ramón López

Nelly, la rubita de manos ducales
y azules pupilas de extraño mirar,
charlaba conmigo de asuntos triviales,
en el gabinete galante del bar.

Afuera la lluvia sin cesar caía,
el ruido de un coche, de lento rodar,
ora se escuchaba, luego se perdía,
mientras se alejaba por el bulevar.

Ella, de codos sobre el mármol rosa,
tejía los dedos encima del bock,
y sus antebrazos de albura gloriosa
eran cígneos cuellos en lazo de amor.

De pronto, su frente tornóse sombría,
alguna añoranza su alma besó,
y con suave dejo de melancolía
la honda confianza su canto inició.

Evocó sus tiempos de virgen novicia;
el viejo y sombroso jardín conventual
de paz inefable; y la alta delicia
que da la ignorancia suprema del mal.

Evocó pascos con sus compañeras
de cornetas albas y de hábito azul,
en las bellas tardes de las primaveras
por los parques llenos de aromas y luz.

¡Sus íntimas ansias, cuando ya sentía
esas inquietudes de toda eclosión;
y el tremar intenso que la sacudía
la noche en que oyera tras la celosía
la primera frase vibrante de amor!

La fuga angustiosa, bajo el claro cielo,
asida a los brazos de su adorador,
cuando no pudiendo resistir su anhelo
de vivir la vida, para siempre huyó!

Y dijo: "Ahora, ya voy al acaso,
febril, anhelosa de olvido y placer,
como flor que abre su cáliz de raso
para toda abeja que quiera su miel.

Siento que en mi vida murió la alegría,
por mis venas corre la savia del mal;
y es mi alma un santuario de melancolía,
más triste que el viejo jardín conventual!"

Clavó en mis pupilas su mirada ardiente,
su ebúrneo antebrazo mi cuello enlazó;
sus blancas mejillas bañó dulcemente
de su tibio llanto la clara aspersion.

La Anciana

A Cirilo Murillo

Es el dulce mutismo de los instantes
nocturnos, cuando el hombre monologando
íntimas vibraciones, va repasando
fisonomías y lugares distantes.

Un matinal gorgo. Una fragancia
de flores campesinas. Una sonrisa
blanca. La emoción nuestros ojos irisa.
¡Ha pasado la aldea de nuestra infancia!

¿Dónde están los mastines? ¿y la florida
ventana? ¿y el corralón vetusto?... ¡Ya
habrá cambiado todo, como la vida!

Sólo la Anciana de firmes sentimientos,
añorando al ausente, proseguirá
sus bendiciones para todos los vientos!

LA ANCIANA

A Ciriaco Morillo

Es el dulce anhelo de los instantes
que cuando el tiempo se agota
en las vibraciones ya repasando
las cosas y lugares distantes

INDICE

y al hermano Sol que mima la turgencia de las rosas!